



José Luis Juresa / Fernando Rabih

# Dakota

**José Luis Juresa / Fernando Rabih**

# **Dakota**

 **Planeta**

PARTE I

*Dos en Manhattan... y uno llegando*

## Dakota... a secas

El reverendo Clarence Jones sabe que a Dios le gusta la música.

Lo que nadie sabe es cómo y cuándo se enteró, pero él asegura que es así y asunto cerrado. Lo más probable es que solo se trate de una forma de inculcar en sus hijos alguna vocación artística sin que se note demasiado, más por temor a fracasar que por quedar como un pesado. O quizás lo soñó alguna vez, pero Clarence sueña poco.

En realidad, duerme poco, casi que vive despierto. Y ese sí que es un verdadero misterio divino para todos, bastante más preocupados en entender cómo logra vivir sin dormir que en averiguar qué lo desvela. Todos menos Jasmine, la esposa del reverendo, quien con su voz suave le repite desde hace años la misma frase, una y otra vez...

“Corazón, ¿será que no duermes para no soñar?”. A Clarence esas palabras lo enfurecen por dentro, seguramente porque Jasmine, como de costumbre, da en la clave del enigma. Sus pesadillas, además de terroríficas, resultan inolvidables para gran parte de los habitantes de ese tranquilo vecindario; tan apa-

cible últimamente, que muchos extrañan aquellos años emocionantes en los que los gritos espeluznantes de Clarence despertaban al barrio entero a mitad de la noche. Por eso prefiere, de tanto en tanto, soñar despierto, que sumergirse en un sueño profundo que lo lleve a la deriva y sin control quién sabe a dónde. Que un predicador sufra de terrores nocturnos y ande a los alaridos despertando a los vecinos no sería algo tan grave, pero que se ponga a inventar esos cuentos tenebrosos de que en sueños se le aparece en persona el mismísimo diablo ya es el colmo. Esa sí que es una pésima propaganda para conseguir nuevos fieles, o para mantener a los más antiguos.

Así que Clarence solo duerme de a ratos, y cuando se trata de soñar, lo hace como ahora, con los ojos abiertos. Poco importa que esté en plena misa y dando un sermón, ya está acostumbrado a vivir en la mitad del puente que une los sueños y la conciencia.

Soñando en vigilia anda el reverendo hasta que un amargo sonido lo hace regresar. Son las palmas siempre a destiempo de los turistas que pueblan las gradas altas de la Iglesia Bautista de Harlem, en la ciudad de Nueva York. Si a Dios le gusta la música, a Clarence le gusta el buen ritmo, y está claro que estos turistas que hicieron fila desde temprano para presenciar una de las más famosas misas góspel no lo tienen. Cada domingo, se muere de ganas de detener su sermón y enseñarles a seguir con las palmas el compás de la melodía, pero interrumpir la misa para algo tan banal, además

de un sacrilegio, sería absolutamente inútil. Eso también lo sabe, y en carne propia. Si sus dos hijos —para qué negarlo— tienen menos sentido del ritmo que una momia, ¿qué podría esperarse de estos turistas medio sordos y desacompasados? Suerte que ahí, mezclada entre los visitantes, está su esposa, siempre dispuesta a ayudar y darle un poco de gracia a esa tribuna de aplaudidores sin ritmo. Viendo la perfecta cadencia que tiene Jasmine para chocar sus frágiles manos en el momento exacto, Clarence no puede dejar de maldecir secretamente al destino. Francis y Alexia, esos dos pequeños retoños de una pareja tan musical, parecen no haber nacido para el arte, y aunque la esperanza es lo último que se pierde, tampoco es una zozca. Tratando de espantar esos oscuros pensamientos, y como si fuese un director de orquesta que interviene firme para retomar el pulso, Clarence va elevando el volumen de su voz grave haciéndola rebotar en las paredes de la iglesia. Mientras continúa con su sermón sobre “La importancia de la amistad en la fe cristiana”, un numeroso coro góspel, con túnicas rojas y azules, canta y se contonea risueñamente a sus espaldas.

—El amigo fiel es un apoyo seguro y firme, quien lo encuentra, ha encontrado un tesoro...

Algunos de los asiduos concurrentes se miran sin comprender a santo de qué viene eso de ponerse a predicar sobre la amistad. Considerando que al reverendo Jones no se le conoce un solo amigo es lógico que estén sorprendidos. Pero, bueno, que en este momento no

los tenga tampoco lo condena a no tenerlos nunca. Clarence no se deja amedrentar por las miradas prejuiciosas y sigue con su disertación cada vez con mayor fuerza.

—El amigo fiel no tiene precio, ¡su valor es incalculable!

Una de las mujeres del coro, la más joven, da un paso adelante. Toma uno de los micrófonos y con los ojos cerrados comienza a cantar tímidamente. Nada en ella hace presagiar algo especial o distinto, mucho menos celestial, pero a los pocos segundos la voz de esa muchacha de frondosa cabellera rizada adquiere una potencia cristalina que hace enmudecer de asombro a feligreses y forasteros. Como si fueran cayendo, uno por uno, bajo los efectos de un tierno encantamiento, todos quedan envueltos en el hipnótico sonido de esa voz. A tal punto hechizados, que parecen una platea de niños absortos frente al más asombroso acto de magia, sin truco ni engaño. Lo que están viendo y escuchando es la verdad más pura. Los niños no creen en los magos, creen en la magia, y esa voz los ha devuelto, por un breve instante, a los aromas impercederos de la infancia.

El reverendo observa de reojo a la muchacha y sonríe orgulloso. Si sus descendientes directos no han sido bendecidos con el don de la música, su sobrina, huérfana de madre y padre, sobra decir que sí.

Dakota, ese es su nombre autoimpuesto, no su apodo. Ella se ha bautizado así hace años y pobre de

aquel que se atreva a discutirsele. Se llama Dakota, a secas, y ese no es un asunto que le concierna a Dios ni a nadie. Desde el día que Muma, su abuela paterna, ferviente admiradora de la cantante de jazz Dakota Statton, sufrió aquel accidente cerebrovascular que la dejó postrada y desconectada de la realidad en un asilo, la joven Dakota nunca más volvió a pronunciar su verdadero nombre. Esto, un poco en homenaje a su amada abuela que la cuidó gran parte de su niñez y adolescencia, y otro tanto, en clara protesta por el nombre que eligieron para ella sus difuntos padres, inspirado en un personaje de *El rey león*. Clarence es el único que se niega rotundamente a llamarla de esa forma (“No eres un indio, y además Dios ya te ha dado un nombre, no discutas su voluntad”. Ella siempre contesta que, en todo caso, fue voluntad del “Señor de Disney” y del pésimo gusto de sus padres. “Se nota que no has tenido que soportar que tus compañeritos te canten el *Hakuna Matata* a cada rato”, y ahí se termina la discusión).

La madre de Dakota, Yolanda, murió durante el parto. Siete años después, Fred, su padre, se suicidó arrojándose desde uno de los palcos del teatro de Harlem donde trabajaba como empleado de limpieza. Suceso sin testigos y del que ningún trabajador del teatro quiso volver a hablar jamás.

Aunque su documento de identidad lleve impreso el nombre “Nala Jones”, ella, Dakota, da un paso para atrás, entreabre los ojos y se vuelve a integrar al coro. Lentamente la audiencia sale del estado de trance y

comienza a aplaudir rabiosamente. Extasiado, Clarence levanta sus brazos y retoma su sermón a los gritos.

—¡El amigo fiel es un elixir de la vida!

Dakota agacha la cabeza agradeciendo los aplausos y aprovecha la emoción general para meter una de sus manos por debajo de la túnica y mirar algo en su teléfono móvil. La misma joven que hace solo unos segundos los estaba llevando de viaje a los perfumes olvidados de la infancia, se encuentra mirando sin ningún disimulo la hora. Y por la preocupación que se ha instalado repentinamente en su rostro parece estar apurada. Muy apurada. Dakota sigue cantando junto al coro, pero aprovecha cada contoneo rítmico para ir retrocediendo sigilosamente, buscando escabullirse sin ser vista. Demasiado tarde. Inútil es intentar pasar desapercibida luego de haber tocado el alma de toda esa gente. Sin darse vuelta, el reverendo percibe el extraño movimiento de su sobrina y pasa, sin escalas, del éxtasis al fastidio. No es la primera ni será la última vez que Dakota se escape antes de que la misa termine. Pero el enojo de Clarence no sabe de costumbramientos, y como si masticara entre sus dientes un rayo de furia, con el puño en alto vocifera más fuerte que en sus peores pesadillas.

—¡Los que temen al Señor lo encontrarán, el que teme al Señor orienta bien su amistad! ¡Es palabra de Dios!

Pasado el estallido, el reverendo la busca y rebusca entre los integrantes del coro, pero Dakota ha desapa-

recido detrás de ese flujo ondulante de túnicas azules y rojas. Clarence vuelve la vista hacia el frente para cruzar el filo de su mirada con la de Jasmine, ella respira profundo y agacha la cabeza con un gesto de culpa y remordimiento. Está claro que el sermón dominical tendrá una extenuante segunda parte cuando regresen a la casa. Jasmine tiene una particular condescendencia con las inconductas de su sobrina política, el único ser en la tierra que sabe tocar el punto justo de su cabeza para aliviarle esas tremebundas jaquecas que la aquejan desde niña. No, no es por eso que la apaña y la justifica. La indómita Nala —Clarence le tiene prohibido llamarla “Dakota” en su presencia— encarna algo de aquella rebeldía de vivir que ella siempre soñó para sí, y eso las une en un vínculo mucho más poderoso que el de la sangre.